



“MALO PARA LA SALUD”

Antonio Hermosa Andújar
(Universidad de Sevilla)

Poco antes de emprender su última visita a Argentina, el primer mandatario venezolano Hugo Chávez, fiel a su actitud paternal con todo súbdito, aunque no sea suyo, se permitió dar un consejo médico a los judíos argentinos, recomendándoles no “enojarse”, dado que “enojarse es malo para la salud”. Eso sí, como todo buen padre que quiere el bien para sus hijos (o ahijados, tanto monta) no quiso quitarles la posibilidad de desobedecer a tan improvisado curandero de ánimas y, por tanto, de enfadarse y todo: “Que no se molesten, que no se pongan bravos, que eso es malo para la salud. Eso es lo que les puedo decir. Allá ellos si se ponen bravos”. Esa chulesca coletilla final, con todo, muestra bien a las claras lo poco que a *papá* le gusta que alguien se le envalentone, y hasta cabe pensar que esconda alguna velada amenaza, a escenificarse, eso sí, en mejor ocasión (en ésta le tocaba el turno a Carlos Menem de ser objeto de sus chanzas) con otro de sus sainetes burlescos.

Pero vayamos al principio: ¿por qué habrían de enojarse los judíos argentinos? Por dos razones, y las dos tienen que ver con Irán. La interna se refiere al atentado de 1994 contra la AMIA (Asociación Mutual Israelita de Argentina), en el que hubo 85 muertos, y por el cual recientemente se han dictado nueve órdenes de captura contra presuntos implicados, entre ellos el mismísimo ex presidente iraní Rafsanyani. Lo que en este asunto provoca la cólera de los judíos argentinos frente al mandatario venezolano es su oposición “a que vengan a declarar a Argentina los ex funcionarios gubernamentales que solicitó la Unidad Fiscal que investiga el atentado”, según la



declaración de Sergio Burstein que pudimos leer en *Aurora*, semanario israelí en lengua española.

La externa se basa en el *matrimonio* ideológico, reforzado por comunes intereses, contraído por Chávez con Ahmadinejad, el actual jefe del gobierno iraní, en virtud del cual ambos aman tiernamente lo que cada uno quiere para sí –y ambos, además, odian igual de tiernamente al ogro americano, al que de seguro dominarán en su lucha por el bien contra el mal: una prueba ésta de que dios, si existe, juega a los dados con el mundo, con bastante mala suerte, por cierto; y, si no, de que alguien ha escrito mal el guión de la historia, porque estas tres *Des-Gracias* deberían danzar juntas en el mismo aquelarre grotesco. ¡No, si a estas alturas va a resultar que el mundo camina solo!

¿Y qué quiere para sí el mandatario iraní que tanto enoja a los judíos argentinos contra Chávez? Pues nada, menudencias: borrar a Israel del mapa, por ejemplo. Nada del otro mundo, como se ve, o por lo menos nada que otros no hayan querido antes. ¿Y por qué querrá eso Ahmadinejad? ¿Será que Israel ocupa mucho espacio en el mapa y ya no queda sitio para una fotografía suya de cuerpo entero?

Ah, también quiere el ínclito personaje enriquecer uranio a fin de producir energía nuclear, aunque sólo para usos civiles, eso sí. Y le molesta mucho, como es lógico, que la comunidad internacional, oponiéndose a que acceda a los medios en grado de facilitarle la ejecución de su fin, se entrometa en su camino: ¡qué abuso de desconfianza, el de la comunidad internacional, oponiéndose a tan legítimo deseo! ¡Qué digo “deseo”: *derecho* irrenunciable, como ya sentenciara el Imán Jomeini, que de sentencias sabía tanto como poco de derechos, salvo, naturalmente, a la hora de pisotearlos: igual que sus escuálidos herederos!

Maticemos en la cuestión de la energía. La exigencia iraní de producir energía nuclear para uso civil tiene sólidos fundamentos jurídicos y, para desgracia del mundo, más aún políticos, por lo que la solidaridad demostrada por Chávez en este punto con el



presidente iraní es cualquier cosa menos ilegal (ya consideré dicha cuestión en otro artículo y volveré más despacio sobre ella en uno próximo, si bien añadido aquí que la comunidad internacional también posee derechos para oponerse a los deseos de Irán, y el deber de impedir que un régimen tal los realice). Otra cosa, claro, es el particular modo del bravío presidente de demostrársela, pero es sabido que las declaraciones estentóreas, como los *raptus* en el comportamiento, forman parte de la denominación de origen del citado producto venezolano.

Ahmadinejad, por lo demás, quiere también otra cosa que, a diferencia de los otros dos deseos de antes, no *puede* querer: que el Holocausto no *ha* existido. El acto más inmoral de la historia humana nunca tuvo lugar, según el gran *historiador* iraní. Es todo un invento judío, avalado por quienes apoyan al Estado judío en todo y conspiran con él para dominar el mundo: y la cita de ‘autoridad’ en este punto, el *clásico* en la materia, son los tristemente célebres *Protocolos de los Sabios de Sión*, que, mire por dónde, si usted lo desea los puede leer en farsi, aunque no pueda beber vino -ni en farsi ni *con* cualquier otra lengua-, o vestirse como en occidente, ni escuchar su música –no sé si hay excepción para la *salsa*-, ni ver su cine, etc., si no quiere ir derecho al infierno: o mejor, que le manden allí los celosos guardianes de las esencias chiítas, versión iraní.

¿Está de acuerdo en *todo*, o, al menos, en *varias* partes, el lenguaraz mandatario venezolano con su media naranja iraní?

No creo necesario ser judío para que posiciones como las antedichas susciten preocupación entre los judíos –sería más preocupante que sólo les preocuparan a ellos- de todo el mundo, y que cada vez que el *chávez* de turno viaje a un determinado país los judíos del lugar protesten públicamente por la visita de quien se ha situado incondicionalmente del lado de un confeso aspirante a criminal, y de un ya ejerciente totalitario que no ha dudado en falsear el pasado histórico en función de sus intereses. Todos somos víctimas potenciales de la conducta derivable de la satisfacción de deseos



como los expuestos por parte de sujetos como los que los desean, al punto de que aunque fuera sólo por egoísmo debiéramos ser solidarios tanto con Israel como con los judíos en general.

Por lo demás, creo que la protesta de los judíos argentinos contra el presidente venezolano hubiera sido igualmente legítima si no hubieran estado motivadas por su sintonía con el presidente iraní, sino por la sintonía de los judíos argentinos con la libertad –sería preocupante que a los judíos sólo le interesara en el mundo de hoy *lo judío-*, suficientemente acreditada. El odio deliberado hacia los ricos y la consiguiente, bien que interesada, beatificación de los pobres, el anatema permanentemente dirigido contra la oposición, la ideología cada vez más difusa de la militarización total, el intervencionismo estatal creciente y no sólo en la economía, la violencia social, que se cobró el pasado año más de 16.000 víctimas, y que este año lleva camino de superar dicho número, la violencia política, que produce una inexorable concentración de poder, etc., etc. Y, por si fuera poco, todo ello se adoba con un presidente logorreico, que quita y pone rey a su antojo (se busquen las explicaciones que se busquen, el caso es que la RCTV dejó de existir y la Televisora Venezolana Social [sic] empezó a emitir), y ocupa su propio canal en el que durante 48 horas diarias desplaza toneladas de palabras a diestro y siniestro, por delante y por detrás, arriba y abajo, golpeando sin cesar y sin piedad todo oído que pase por allí. Así las cosas, poco extrañará si en no mucho tiempo el país vuelve a cambiar de nombre, y la antaño Venezuela, y hoy República Bolivariana de Venezuela, pase a llamarse, más familiarmente, *Tele-Chávez S. A.*

Todo ello no es precisamente señal de libertad, y por todo ello bien se puede criticar al principal artífice, aunque se sepa de antemano el contenido y la forma de la respuesta. Pero lo cierto es que pronto alguien de los que le tomen en serio tendrá que recordarle las palabras de Demócrito, de que “hay que hablar poco y decir la verdad”. No pasarán muchos años antes de que Chávez descubra por sí mismo que no cumplir esa regla es malo para la salud.